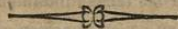


los hombres en complicar y aumentar sus propios infortunios, y en embarazar la máquina gubernativa, ya harto enredada y confusa, de resultas de los estravíos de otras generaciones. Asombra el considerar cuantos informes, cuantas averiguaciones, cuantas disputas ha costado á los ministros, á los diputados, á las juntas de aranceles, la ridícula tarea de clasificar los derechos que han de imponerse á productos casi homogèneos. Estas diferencias se cuentan en algunos aranceles, por centenares; y el que no está iniciado en los sublimes arcanos de los espedientes y oficinas, no podrá comprender, por ejemplo, qué razon hay para que en el mismo país, el hierro en forma de clavo, ha de pagar mas ó ménos que el mismo metal en forma de pico ó de azadon; por què el vino procedente de tal latitud no ha de pagar lo mismo que el mismo líquido procedente de algunos grados mas al Sur ó al Norte. Una vez admitido el principio que el comercio extranjero debe pagar al Estado, por la misma razon que le pagan la propiedad y la industria, no hay un solo motivo justificable para que se inventen diferencias artificiales, en lo que, á los ojos del gobierno, no es mas que un género de riqueza, que ecsige de él un género de protección y apoyo, y que debe remunerar este servicio, con un género de compensacion. Mil pesos de paños, como masa de valores, no son mas ni ménos que mil pesos de papel ó sombreros. Los sombreros y el papel no requieren de la autoridad mas ni ménos patrocinio, mas ni ménos esfuerzos para hacer efectivo este patrocinio que el paño. Si la sencillez y la facilidad, son condiciones preciosas de la máquina administrativa, en ninguna de sus ramificaciones son tan indispensables, como en la que abraza tantos intereses, se diversifica en tantos productos y establece tantas relaciones entre los hombres.

## CAPITULO II.

Ventajas de la libertad del comercio.—Su influjo en la creacion y acumulacion de los capitales.



Si el objeto de esta obra fuera defender la libertad del comercio, como tema puramente científico, y bajo un punto de vista general, con extractar el IV libro de la *Riqueza de las Naciones*, por Adam Smith, ó una parte del I tomo del *Tratado de Economía Política* por Storch, ó las principales producciones de Mc. Culloch, ó los discursos de Huskinson, Canning y Brougham, en la cámara de los Comunes de Inglaterra, habriamos desempeñado plenamente nuestro intento, y conferido un gran beneficio á los pueblos que hablan la lengua castellana. Podriamos copiar raciocinios que eq profundidad y convencimiento apénas ceden á las demostraciones mas luminosas de las ciencias esactas; páginas impregnadas de una elocuencia seductora, inspirada por el amor mas puro de la humani-



dad, y por el mas detenido estudio de sus intereses. (1) Pero escribimos para una parte determinada del globo, con intencion de adaptar nuestras doctrinas á sus necesidades, y debemos fijarnos en ellas, y en los medios que creemos preferibles para satisfacerlas. Entre las que molestan actualmente á España, ninguna nos parece mas urgente que la de capitales. Las causas de esta deficiencia son notorias. Dejemos que la historia las consigne, y procuremos remediar sus efectos.

(1) La escuela liberal económico-política, se distingue no solo por sus vastas y laboriosas investigaciones, sino tambien, y aun en mas alto grado, por la agudeza, vigor y esactitud de sus argumentos, lo que se entiende fácilmente al considerar la formidable masa de abusos y preocupaciones que ha tenido que combatir. En los escritores que la componen, sobresale una admirable destreza en discernir las ideas fundamentales de las instituciones que analizan, atacan ó defienden, y en poner en claro sus elementales rudimentos. Como muestras de estas escelencias, presentamos el siguiente pasage de uno de los mas modernos y mas acreditados economistas ingleses. «El comercio que hace un país con otro, no es mas que la estension de la division del trabajo, y esta division es la que confiere tantos beneficios á la especie humana. Si es cierto que un país se enriquece por medio del tráfico que hacen entre sí las provincias que lo componen, que este comercio interior divide mucho mas el trabajo, y lo hace mas productivo que podria hacerlo el comercio de cada provincia aislada; que el cambio mútuo de los productos que en una provincia abundan y en otra faltan, multiplican la propiedad en todas ellas, y hacen á la nacion, mas rica y mas próspera, el mismo hermoso enlace de consecuencias se observa en el mundo considerado en su generalidad, ó mas bien como un vasto imperio, cuyas provincias son las naciones y Estados. En este magnifico imperio, una provincia es favorable á cierta clase de productos; otra provincia lo es á otros. La especie humana, por medio de las relaciones que contraen entre sí estas fracciones diversas de su conjunto, se pone en aptitud de distribuir y clasificar el trabajo, del modo mas conveniente y análogo á las peculiaridades de cada una. Así la industria y los esfuerzos de toda la humanidad llegan á ser mas productivos, y todo lo que es necesario, útil y agradable á sus individuos, se adquiere en mayor abundancia, y á infinitamente ménos costa, que si aquella reciprocidad no existiera. (Mill, *Commerca Defended*, pág. 38.)

Por *capital* se entiende en el lenguaje económico, aquella parte del producto del trabajo que no se destina al consumo inmediato, sino á facilitar la produccion, de cuya definicion se infiere: 1.º, que sin acumulacion de capital, es imposible esplotar con ventajas notables, y todavía mas, engrandecer y perfeccionar ningun ramo de industria: 2.º, que son innumerables las cosas reales que entran en el sentido de aquella palabra, pues abraza no solo la tierra y sus frutos, el dinero y el ganado, sino los instrumentos de labor, las máquinas, la ropa, el alimento; todo, en fin, lo que tiene valor cambiabile, y contribuye á la formacion y circulacion de otros objetos que lo tienen.

El capital contribuye á la creacion de la riqueza, de cuatro modos diferentes: 1.º, facilitando la division del trabajo: 2.º, suministrando medios, sin los cuales no seria posible producir muchos de los objetos mas necesarios á la comodidad de la vida: 3.º, ahorrando una gran parte del trabajo de esta produccion: 4.º, poniendo al capitalista en aptitud de mejorar los productos, y de abreviar el tiempo que se emplea en su manipulacion. Antes de pasar mas adelante, será preciso entrar en el ligero ecsámen de estas consideraciones:

1.º *El capital facilita la division del trabajo.* El capital suministra los medios de recompensar muchos trabajadores, y de dividir entre ellos las tareas y operaciones necesarias para consumir el producto. Sin duda el capitalista que pueda pagar segadores que recojan su cosecha, jornaleros que la trasporten á medida que se recoge, y otros que la trillen y avienten, á medida que este transporte se verifique, puede hacer sus operaciones mas en grande y con mas lucro, que el que, por la escasez de su capital, se ve obligado á emplear los mismos hombres en todas estas maniobras. La division del trabajo es el alma



de la industria. Su operacion y sus efectos se perciben en la sociedad mas ruda, como en la mas civilizada, porque es una ley que resulta de nuestra organizacion, como trabajo mismo de las condiciones de nuestra vida. Las diferencias que se notan en las fuerzas, propensiones y aptitudes físicas é intelectuales de los hombres, naturalmente los disponen á seguir diferentes rumbos en sus trabajos, ocupaciones y ejercicios, y su propio interes y conveniencia, los incitan á separar estas saenas, y á que cada uno adopte aquella en que tiene mas probabilidad de acertar y sobresalir. Esta division se aumenta y se ramifica mas, á medida que la sociedad progresa. "En un país, dice un escritor que ya hemos citado, en que la division del trabajo ha adquirido un considerable grado de estension, el labrador no gasta su tiempo en groseras tentativas, para manufacturar el producto de sus campos, y el manufacturero no se ocupa en beneficiar campos ni engordar ganados. La facilidad de cambios es el principio vivificante de la industria. Ella estimula al labrador á adoptar el mejor sistema de cultivo, porque lo pone en aptitud de adquirir con los sobrantes de sus productos, otros que le son útiles y gratos, y estimula al fabricante y al comerciante, á aumentar la cantidad y mejorar la calidad de sus géneros, para obtener el mismo resultado. Así se difunde un espíritu general de actividad, y se disipan la apatía y languidez que caracterizan los rudimentos de la civilizacion." (1)

En la division del trabajo sucede lo mismo que en la de los conocimientos científicos. Cuando una ciencia empieza, abraza muchas ramificaciones, que se separan y

(1) *Enciclopedia Británica*, artículo citado.

mejoran, á medida que la ciencia adelanta. En los siglos de la edad media, un solo hombre era el predicador, el médico, el juez, el abogado consultor, el boticario, el astrónomo y el analista de una poblacion numerosa. En el dia cada una de estas profesiones se divide en otras muchas, cada una de las cuales basta para ocupar la vida del hombre mas estudioso, y, por ejemplo, en las grandes ciudades de Europa, vemos médicos que no curan sino cierto genero de enfermedades, y abogados que solo defienden cierta clase de pleitos. Y como cada uno de estos profesores desempeña mucho mejor sus tareas peculiares, que cuando uno solo las desempeñaba todas, así los diversos operarios de diferentes manipulaciones necesarias á un producto, las practican con mucha mas destreza, que si todas ellas se confiasen á uno solo. Mas la division del trabajo, como ya hemos visto, supone los medios de recompensarlo simultáneamente, es decir, supone un capital.

2.º *El capital suministra medios sin los cuales no seria posible producir muchos de los objetos mas necesarios á la comodidad de la vida.* La mayor parte de los trabajos agrícolas, fabriles y mercantiles, demandan un material de instrumentos, herramientas y amaños, en que se invierten grandes sumas, mucho ántes que empiecen á dar el mejor provecho. Un capital suministra todo este dispendioso aparato, y lo que el capitalista y los que de él dependen necesitan para vivir ántes que los provechos se realicen. En Inglaterra hay caminos de hierro que han costado 25 millones de duros, y han de pasar muchos años ántes que produzcan el interés del capital empleado en su construccion. Lo mismo, en escala mas pequeña, se puede decir de una mina, de una hacienda, &c. Así pues, mientras mayor sea el capital, mas vastos serán los me-



dios de hacerlo producir; mientras mas vastos sean estos medios, mas abundantes serán sus productos; mientras mas abundantes sean estos productos, mayores ventajas resultarán de ellas á los individuos y á la sociedad.

3.º *El capital ahorra una gran parte del trabajo de la produccion.* Si comparamos los toscos ensayos de la industria naciente con los prodigios que ecshiben hoy Manchester y Birmingham, no podrémos mênos de convencernos, que sin la abundancia de capital, esta diferencia no ecsistiria. ¡Qué de ausilios no prestan los animales de carga y de tiro á toda clase de trabajo! ¡Cuántas ventajas no producen los caminos, los puentes, los canales, sin los cuales la necesidad de trasportar las mercancías á fuerza de brazos humanos, imposibilitarian su diseminacion, por la dificultad de sâtisfacer tan enorme cúmulo de labores!

4.º *El capital pone al capitalista en aptitud de mejorar los productos, y de abreviar el tiempo que se emplea en su manipulacion.* En el siglo en que vivimos, cuando toda especie de artefacto parece haber llegado al mas alto grado de finura, elegancia, solidez y buen gusto; cuando una sola manufactura fabrica en un dia lo que antes no fabricaban cien familias en un año; cuando la química, la mecánica, la mineralogia y las artes gráficas, tan dispendiosas en su enseñanza, prestan copiosos ausilios á la labor manual, y le facilitan los medios de ejecutar, con las sustancias mas groseras, obras maestras, que en otras épocas hubieran pasado por prodigios; en este siglo tan fecundo en esfuerzos de esta clase, no parece que se necesita gastar el tiempo en demostrar la proposicion que nos ocupa. Un pintor, por diestro que fuese, necesitaria meses, y aun años, para pintar una pieza del papel con que se adornan hoy los gabinetes y salones, y aun así

le seria muy difícil, si no imposible, conservar esa identidad de figuras, dibujo y colorido que reproduce de un solo golpe, el admirable mecanismo empleado actualmente en esta clase de industria. Pero si esta diferencia está al alcance de las comprensiones mas vulgares, hay otra verdad emanada del mismo principio, que han oscurecido en nuestros dias el espíritu de sofisma, el furor de las innovaciones, y el inmoral é imprudente empeño de destruir como viciosas y funestas al bien público, todas las instituciones de las generaciones que nos han precedido. Aludimos á la guerra declarada á la acumulacion de propiedad territorial: error que se disfraza frecuentemente bajo la máscara de una mal entendida benevolencia en favor de las clases humildes, y que se fortifica con el abuso de las ideas populares, el odio á la desigualdad, y las pro-pensiones anti-aristocráticas que han puesto á la moda las revoluciones.

Al entrar en el ecsâmen de esta cuestion, lo primero que salta á la vista es, que las ventajas esenciales del capital, los beneficios que confiere á la sociedad entera, su influjo directo é indirecto en todas las ramificaciones de la prosperidad pública, son condiciones inherentes á su naturaleza misma, y siempre las mismas, cualquiera que sea la calidad distinta de las cosas de que el capital se compone. Las cuatro prerogativas que le hemos descubierto, y otras de que nos ocuparémos en lo sucesivo, se aplican tanto al capital empleado en trabajar una niña, como al que se emplea en erigir una imprenta, un molino ó una tenería. Si el urinero, el impresor, el curtidor y el molinero, son tanto mas útiles á la sociedad, cuanto mayor es el capital que pueden emplear en sus respectivos trabajos, no se acierta con la razon en virtud de la cual el fabricante de trigo, de ganado, de hilazas ó de alfalfa, ha



de escluirse de la regla en que aquellos se comprenden. Es loable sin duda el modesto deseo del poeta romano, que admirando las grandes haciendas de los magnates de su tiempo, *ingentia rura*, limitaba sus deseos al cultivo de una pequeña chacra. Tambien se entiende la severidad con que Juvenal, Tácito y Plinio censuraban los orgullosos monopolizadores del terreno de Roma. Licurgo habia abierto el camino de estas ideas de abnegacion y parsimonia, que nunca, y ménos que nunca en su propio caso, se han aplicado como medios legislativos, sin producir una reaccion funesta, señalada con todos los excesos de la opulencia, del lujo y de la corrupcion. En Roma, la organizacion política formaba un singular contraste con la económica. La primera, justamente encomiada por Bossuet y Montesquieu, combinaba todos los requisitos del gran propósito de la política romana, *regere imperio populos*; la segunda estaba amasada en todos los vicios que de este mismo propósito debian fluir naturalmente, y sobre todo, del vicio que germinaba constantemente en la nacion, y tan poderosamente contribuía á radicar en su seno todos los males de la mendicidad, de la venalidad y de la violencia; el odio al trabajo, y humillacion servil de las clases laboriosas. De Roma, en general, se puede decir lo que Lucano dice de Julio César:

....in arma furens, nullas nisi sanguine fusso,  
Gaudet haberes vias....  
....non tam portas intrare patentes,  
Quam fregisse juvat: nec tam patiente colono  
Arva premi, quam si ferro populentur et igni.  
Concessa pudet ire via (1).

(1) Pharsalæ, Lib. II v. 440.

En épocas mucho mas ilustradas, y cuando ya fermentaba en grande el trabajo intelectual aplicado á toda clase de conocimientos, no han faltado (es preciso confesarlo) ardientes panegiristas de la subdivision de propiedades territoriales: ilusos entusiastas, que de buena fê entraban en las regiones de una mal entendida filantropía; ciegos admiradores de todo lo que la antigüedad ha consagrado, acostumbrados á no ver en ella sino su parte brillante y honorífica. A estas predisposiciones geniales, ayudadas por los excesos de las clases privilegiadas y por el espectáculo de la miseria pública, debemos atribuir las extravagantes doctrinas de Mably y los escritores de su escuela. Mas desde entónces hasta la época en que vivimos, al mismo tiempo que la ciencia económica ha ido desembarazándose de preocupaciones históricas y tradicionales, los sucesos han caminado rápidamente, y los escarmientos y las lecciones amargas han señalado su carrera; y el saber y la historia están ahora perfectamente de acuerdo, en considerar la indefinida division de la propiedad territorial, como un principio constante de pobreza y de atraso, y su acumulacion bien entendida y en justa proporeion con la estension geográfica del país, y con el número de sus habitantes, como un gran resorte de ventura general.

Bien sabemos que de esta doctrina no hay mas que un paso á la apología de los mayorazgos y vinculaciones, y que por consiguiente le alcanzan los anatemas que contra estas instituciones han fulminado los escritores y los congresos. Inútil seria el empeño de oponer los débiles racionios de un oscuro compilador, á esa masa formidable de opiniones y autoridades, que ademas de tener en su favor el irresistible prestigio de la moda, se fundan en datos prácticos, y alegan en su defensa males positivos, emanados del sistema que combaten. Es cierto que en



algunos países los mayorazgos han producido fatales consecuencias; pero el hecho solo de que en otros no solo no han dado los mismos frutos, sino que han servido de base à un desarrollo increíble de riqueza, à una masa de prosperidad, que no tiene ejemplo en la historia: este solo hecho basta para convencerse que los inconvenientes de la institucion, no están en ella misma, sino en circunstancias colaterales, que tanto influyen en ella, como en todos los otros resortes del mecanismo de la sociedad. Inglaterra, Austria, Lombardía y todos los grandes Estados de Alemania, combaten victoriosamente todas las consecuencias que se sacan de lo que pasa en Portugal y en España. Si concurriesen en estas dos naciones las circunstancias que en aquellas, los resultados serian iguales. Parece pues, que la sabiduría de los legisladores, debería aplicarse mas bien à aclimatar estas condiciones, que à destruir *caput mortuum* que con ella podría vivificarse, ó si les faltaban medios para ello, à esperar que el tiempo y el progreso de las luces, llenasen este vacío y pusiesen à los Medina-Celis, Osunas è Infantados, en aptitud de hacer lo que hacen los Metternich, los Russell y los Northumberland.

El error de que se trata, sin embargo, no solo tiene su excusa en las buenas intenciones de algunos de los que los adoptan, sino tambien en cálculos que se presentan à la imaginacion con toda la lucidez de la demostracion matemática. Esta es una de las muchas ocasiones à que se puede aplicar la paradoja comun, que la aritmética falla en la economía política. Cien fracciones contiguas de terreno, distribuidas en cien distintos propietarios, no producen tanta cantidad de frutos, ni frutos tan varios ó perfectos, como reunidas bajo un mismo propietario, suponiendo el concurso favorable de circunstancias de que he-

mos hecho mencion. Siempre racionando sobre la misma hipótesis, no es ménos cierto que el número de familias à que se estenderian los beneficios resultantes del cultivo en el segundo, caso seria muy superior à las ciento del primero. Y la razon es, porque la propiedad, cualquiera que sea su forma, se desvirtúa dividiéndose: sus fragmentos no son lo que ella misma; en una palabra, acumulándose, multiplica sus fuerzas de un modo indefinido, y en una progresion creciente y casi incalculable.

Lo que sucede con el dinero, sucede con todo género de propiedad, y quizá con la tierra mas que con ningun otro. En las grandes reuniones de hombres que traen los espectáculos y las diversiones públicas, no hay uno solo que tenga bastante dinero en el bolsillo para labrar una triste choza; pero si se reuniera todo el que ecsiste en todos los bolsillos, no es improbable que produjese una suma suficiente para alzar una buena casa. Por la misma razon, un millon de pesos, distribuidos igualmente entre un millon de individuos, no produciria la cien-millonésima parte de bienes reales, que la misma suma en manos de un hombre emprendedor y laborioso. En el primer caso, cada uno de los individuos favorecidos con un peso, satisfaria una necesidad urgente ó un capricho pasajero; en el segundo, la empresa industrial à que se aplicase toda la suma, daria ocupacion y sustento à un gran número de familias, y por medios directos ó indirectos, contribuiria al bienestar de todas las otras.

¿Cuáles son las consecuencias de la division indefinida de la propiedad territorial de una generacion en otra? Una de ellas, absolutamente inevitable, es que multiplicándose esta division en razon del número de los coherederos, y las porciones de cada uno de estos, debiendo à su vez dividirse entre sus hijos, necesariamente ha de llegar el caso



en que las fracciones sean tan pequeñas, que una de ellas no baste ya para el sustento de la familia, por reducida que sea. Esto es esactamente lo que está sucediendo en Irlanda y en una parte de Francia. Algo de esto hemos visto tambien en ciertas partes de la América del Sur. En semejante caso, no pudiendo el infeliz cultivador sacar del átomo de tierra que le ha tocado en suerte lo que necesita para su subsistencia y la de sus hijos, ofrece sus servicios en cambio de un jornal; pero como todos los cultivadores del distrito se hallan en el mismo caso, es casi imposible que sea aceptada su oferta. Si no ecsistieran grandes propietarios, ¿què seria entónces de tantos séres humanos? En honor de los americanos sea dicho: hemos visto haciendas pingües, cuyos productos y algunas cantidades mas, se han ido en socorrer à los infelices indios, cada uno de los cuales tiene su terreno que cultiva con teson, pero no le produce ni para vivir la mitad del año. Esto es realmentè digno del mas alto elogio; pero es forzoso confesar que una de las mas sagradas obligaciones del legislador, es evitar estas ocasiones de acudir à la caridad de los individuos, proveyendo à la prosperidad de todos, y facilitando à todos los medios de adquirirla. Es un error grandísimo creer que con aumentar el número de propietarios, se aumenta el valor de la propiedad, se abre la puerta al aumento de sus productos y se fomenta la ventura de los pueblos. La propiedad por sí sola y sin relacion à las circunstancias coecistentes, no es un bien como la salud, que en sí sola lleva todas las condiciones de la bondad. La propiedad es un bien, cuando el propietario reúne los requisitos indispensables para hacerla productiva; y es un verdadero mal en el caso contrario. Echese una ojeada en una region en que la propiedad territorial se halla reducida à sus mínimos fragmen-

tos. Cada heredad tiene su choza, y en cada choza vegeta una familia hambrienta, desnuda, sin muebles, sin ningun preservativo contra la intemperie, privada de todo goce, de todo estímulo, de toda esperanza. A fuerza de trabajos ímprobos, con malos y toscos instrumentos, sin ninguna de las facilidades que proporcionan la cooperacion, las mejoras de las artes, el estudio de nuevos métodos y descubrimientos, consiguen aquellos desventurados sacar de la tierra y almacenar bajo techos ruinosos, y no sin riesgo de graves averías, una parte, ó demos de barato que sea todo el grano con que han de vivir los doce meses del año. Este pobre producto ha absorbido enteramente todo el trabajo del año, y el poco dinero que por otros medios se habia adquirido. Nada queda para plantar un huerto, para criar una vaca; nada para cubrirse las carnes; nada para una enfermedad imprevista; nada, sino la caridad pública. Pero son propietarios! pero tienen derechos! ¡Deplorable y ridículo sofisma! ¡Cuánto mas les valiera ser jornaleros y emplear sus servicios à la sombra de la proteccion, que por su propio interes, aunque no fuera por humanidad, prestan generalmente los propietarios à los proletarios que emplean!

No hay un motivo para desear que todos los individuos de una congregacion de hombres, sean propietarios, como no seria apetecible que todos fuesen arquitectos ó literatos. La ventura social, considerada bajo el punto de vista económico, consiste en la armonía que resulta del cambio de trabajos y servicios; en el enlace que tienen entre sí los diferentes grupos y fracciones de la masa entera; en la dependencia mútua en que se colocan los hombres, no ya porque unos son superiores à otros en poder, en dignidad ó en prerogativas, sino porque unos influyen en la suerte de otros, unos producen lo que los otros



consumen, y *vice-versa*; unos poseen lo que los otros necesitan, y éstos abundan en lo que aquellos demandan. Esta dependencia nunca puede ser excesiva, como puede serlo la política y gerárquica, cuando se concentra en los unos mas poder que en el que es necesario para la conservacion del órden, ó cuando los otros monopolizan privilegios de que todos deberian ser partícipes. Despójese la dependencia del sistema feudal del servicio militar, de las prestaciones tiránicas, del fuero y de otras superfetaciones que introdujo en su estructura la ignorancia de los tiempos, y veremos que su principio fundamental no era tan vicioso, como algunos escritores lo pintan. En algunos estados sur-americanos, hemos visto establecido un sistema de inquilinato puramente feudal, mas preservado de aquellos abusos, y nos ha parecido humano, tan paternal y tan benéfico, que solo le falta, en nuestra opinion, que las tierras adquieran mayor valor, por medio del aumento de la riqueza general, y que los propietarios, engrandeciendo sus ingresos, se hallen en aptitud de favorecer mas ampliamente á sus inquilinos, para ofrecer un modelo perfecto de esta clase de relaciones. En este plan, el inquilino posee todas las ventajas del propietario pequeño, sin ninguna de sus desventajas. ¿Quién podrá quejarse de aquella suave, racional y justa dependencia? Pero ya que se afecta tanto temor de esta última palabra, ¿puede imaginarse un ser mas dependiente, mas esclavo, mas envilecido que el propietario de un terreno, cuyos productos no bastan para su subsistencia? ¿Cuántos mendigos propietarios no hemos visto todos los que hemos viajado por ciertas partes del mundo?

No olvidemos otra de las funestas consecuencias del sistema que estamos analizando: à saber, el atraso á que está condenada la agricultura bajo su influjo maléfico y

aniquilador. Los ensayos, los experimentos, la perfeccion de los instrumentos de labor, las mejoras en el uso de abonos, el empleo de las máquinas, la introduccion de nuevos granos, árboles y legumbres, las tentativas de nuevos métodos de cultivo, todos estos poderosos estímulos, dados á los trabajos agrícolas y que multiplican y perfeccionan indefinidamente los frutos de la tierra, ecsigen sumas considerables, que no están al alcance de los pequeños propietarios. Así pues, uno de los triunfos mas nobles que el hombre ha obtenido sobre la naturaleza; una de las mas gloriosas aplicaciones que ha hecho de su inteligencia; la ciencia mas útil de cuantas ha dado de sí el cultivo de la razon, queda reducida á la nulidad, ó por mejor decir, jamas hubiera ecsistido, si no hubiera en el mundo grandes propietarios, interesados en fomentarla y dueños de los vastos recursos que para su fomento se necesitan. Y en cuanto á los intereses públicos, la cuestion es todavía mas clara, y mas fácil su resolucion. De todas las garantías sociales, la mas eficaz es la riqueza, y no hay gobierno mas sólido, ni mas seguro de sus recursos, que el que cuenta entre sus súbditos numerosas clases de gentes acomodadas. Los gobiernos mas ricos de cuantos ecsisten en la actualidad, no son por cierto, los que están á la cabeza de naciones compuestas de pobres propietarios. Acuérdomos de haber atravesado un país altamente favorecido por la naturaleza, y en que la tierra estaba tan fraccionada, que habia haciendas de la estension de una plazoleta. Todas eran cuadradas, y formaban de lejos el aspecto de un tablero de damas; todas estaban separadas por cercados de piedras, y todas cultivadas en toda su anchura, sin el desperdicio de una pulgada de terreno. ¿Qué cuadro tan seductor para los optimistas de la escuela de los niveladores y para los amigos de leyes agrarias. El interior de las habitaciones ofrecia, sin embargo, el reverso de la



moneda. Todo era allí abandono, miseria, hambre y desnudez. El gobierno residia à la sazón en aquella provincia. Tuvo necesidad de socorros en una urgencia imprevista. Acudió á los propietarios que componian la totalidad de la poblacion, y no encontró quien le suministrase un peso. Esta leccion es elocuente.

Bajo otro punto de vista, y saliendo por un instante de la region económica para entrar en la política, que tiene con aquella tantos puntos de contacto, la diseminación de la propiedad raiz, es absolutamente incompatible con una acertada organizacion social, y solo es favorable al régimen absoluto; ora resida en el trono, ora en los comicios. No hay seguridad para la propiedad misma, ni para ninguna otra clase de interes, donde la posesion de la tierra no confiere cierto grado de influencia política. Es inútil hablar de equilibrio de poderes y de contrapeso de dos cámaras, donde es homogénea la masa de que han de salir los que la componen; donde una de ellas carece de aquella estabilidad, de aquella consistencia, de aquella respetabilidad hereditaria que trae consigo la posesion de la riqueza territorial. Y si de aquí ha de resultar la creacion de la alta aristocracia, sea en buen hora, y acepten este inconveniente los pueblos que quieren preservarse de otros infinitamente mayores, y con mas docilidad y ahinco, los que despues de haberla reemplazado con el principio opuesto, han tenido sobradas ocasiones de comparar sus respectivas ventajas y defectos.

Al reves de otras instituciones que le fueron contemporáneas en su origen, la aristocracia ha caminado con el siglo, y se ha ido poniendo al nivel de sus adelantos y exigencias. Se han alzado, para hacerle frente, otras instituciones que los sucesos han robustecido, y ella ha tenido que someterse al curso de las cosas, para no sucumbir

en su empuje. ¿Quién puede temer, que contrarestanda por las costumbres públicas de nuestra época, reprimida por las leyes, amenazada por la imprenta, y mirada de igual à igual por el comercio, la industria y las profesiones sábias, se abandone à los excesos que la hicieron odiosa en los siglos de la edad media? Los aristócratas de Hungría y Bohemia, en lugar de ejercer, como lo hacian ántes, el *jus desfenetrandi*, se ocupan en establecer buques de vapor en el Danubio, y en conferir derechos civiles á los judíos. En Inglaterra, la reforma parlamentaria ha sido obra de hombres que se llaman: Grey, Bedford, Sutherland y Devonshire; y no olvidemos que en España, los Osunas, los Rivas, los Frias y los Bohorques no han manchado sus nombres á la sombra de los estandartes enemigos de la libertad.

En España ha abundado la gran propiedad, y prescindiendo de las causas políticas que han influido en la disminucion de su importancia, considerada como institucion bajo el punto de vista económico, ¿quién puede dudar que los obstáculos que se han opuesto à la circulacion y salida de sus frutos, es la única y esclusiva causa de la desproporcion que se nota entre la estension de las posesiones, y la escasez de su renta? Así, pues, no será la propiedad por sí sola la que cree la acumulacion de capitales, que es la condicion indispensable en un perfecto orden económico. La acumulacion no puede verificarse sin un gran producto neto, porque este es el que se reserva, despues de hecha la deduccion de los gastos, y creciendo anualmente, llega à formar el foco de donde ha de salir su propio aumento. La esperiencia enseña con ejemplos diarios, que al mismo tiempo que el aumento del producto neto multiplica y facilita los medios de hacer ahorros, obra como incentivo à nuevas empresas y aplicaciones

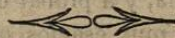


del capital acumulado. En los Estados-Unidos de América, el producto neto es mucho mayor que en el país más rico de Europa, y de aquí nace principalmente el crecimiento portentoso que allí toman la riqueza pública y la población. McCulloch no vacila en fijar como principio infalible, no desmentido jamás por un solo hecho, «que si los gobiernos de dos países son igualmente justos y liberales; si la propiedad se halla igualmente segura y afianzada en sus respectivos territorios, su comparativa prosperidad dependerá de la diferencia entre el producto neto de la propiedad en uno y otro. Donde las ganancias líquidas son cuantiosas, hay gran demanda de labor, y proporcionalmente aumentan la riqueza y la población. Por el contrario, donde las ganancias son bajas, la demanda de labor escasea, y la población y la riqueza disminuyen.

Ahora bien, en España, por punto general, el producto neto de la propiedad territorial, no solo está muy lejos de corresponder á lo que debía esperarse de una tierra tan fértil y de tanta variedad de frutos preciosos, sino que varía enormemente de una provincia á otra, y el exceso está constantemente en favor de las posesiones situadas cerca de los focos del comercio. El comercio ha sido el que ha dado á las tierras ese valor superior al de las que se hallan situadas en provincias muertas y privadas de comunicaciones activas. Pasemos á examinar más de cerca cómo se verifica esta saludable reaccion.

### CAPITULO III.

#### Influjo de la libertad de comercio en la agricultura y en la población.



LA idea de la riqueza material, bajo cualquier forma que se presente á nuestros sentidos, nos lleva, por una asociacion muy natural y lógica, á fijar nuestra atencion en la tierra: manantial inagotable de toda la riqueza que existe y circula en el globo; fuente inceshausta de todos los productos, que, modificados, transformados y corregidos por el arte y la industria, y llevados por el comercio á los diferentes mercados del Universo, hermosean la vida del hombre, estrechan los vínculos que lo unen con sus hermanos, y alejándolo mas y mas del estado salvaje, ensanchan la esfera de su inteligencia, y lo ponen en aptitud de cultivar con holgura, el don precioso con que la Divinidad ha querido asimilarlo á su esencia. La tierra es en efecto el almacen de todas las materias brutas que sir-